

Trabajo Social en Chile y gobierno militar. 40 años de memoria y olvido

Chilean social work and military government.
40 years of memory and forgetting

*“Simplemente que estas cosas son de todo el que las sienta
Y es mi voz la que las dice, más es de todos la conciencia.
Simplemente las verdades se van haciendo una sola
Y es valiente quien las dice, mas valiente en estas horas”
Santiago del Nuevo Extremo, 1980.*

PATRICIA CASTAÑEDA Y ANA MARÍA SALAMÉ

Patricia Castañeda es profesora de la Escuela de Trabajo Social de Universidad de Valparaíso. Asistente Social y Licenciada en Trabajo Social por la Universidad de Valparaíso, doctora en Ciencias de la Educación por la Universidad de Barcelona. Dirección postal institucional: Avda Colón 2128, Valparaíso. Dirección correo electrónico patricia.castaneda@uv.cl

Ana María Salamé es profesora del Departamento de Trabajo Social de la Universidad de La Frontera. Trabajadora Social graduada de la Pontificia Universidad Católica de Chile y doctora en Ciencias de la Educación por la Universidad de Barcelona.

Resumen

Se presentan los resultados del estudio sobre el rescate de la memoria profesional del Trabajo Social chileno en el contexto del gobierno militar. Se trabajó con las categorías de memorias emblemáticas propuestas por Stern (en Jelin 1998, pp.11-33), para el periodo septiembre de 1973 a marzo de 1990: Salvación de un Chile en Ruinas; Ruptura Lacerante No Resuelta; Prueba de Consecuencia Ética y Democrática, y Olvido o Caja Cerrada. Ello permite reconocer la tríada histórica de sobrevivencia profesional: academia, organizaciones gubernamentales y organizaciones no gubernamentales. La academia asume una neutralidad valórica y una adscripción explícita a enfoques positivistas y tecnocráticos. Las organizaciones gubernamentales presentan condiciones restringidas para el ejercicio profesional; en cambio, en las organizaciones no gubernamentales se consolida el despliegue de un repertorio profesional diverso, transdisciplinario e inédito, en un país en permanente estado de excepción.

Palabras claves. *Trabajo social chileno - Memoria profesional - Gobierno militar chileno.*

Abstract

The results of the study about the rescue of Chilean social work professional memory under the context of the military government are presented. For this purpose we have worked with iconic memory categories proposed by Stern (in Jelin 1998, pp.11-33), for the period September 1973 to March 1990: Salvation of Chilean Ruins, Unresolved Lacerating Rupture, Proof of Ethics and Democratic Consequence, and Forget or Closed Box. This allows the acknowledgement of the historical triad of professional survival: academic world, governmental and non-governmental organizations. The academy assumes a value-neutrality and explicit assignment to positivist and technocratic approaches. Government organizations have restricted conditions for professional practice, whereas in non-governmental organizations consolidates the deployment of a diverse transdisciplinary unpublished professional repertoire in a country in a permanent state of emergency.

Key words. *Chilean Social Work, professional memory, Chilean military government.*

Introducción

Los 17 años de gobierno militar que transcurren en Chile entre el golpe de estado de septiembre de 1973 y el inicio del proceso de transición a la democracia en marzo de 1990 representan un período histórico de reciente data que afectó en forma transversal a la conformación de la sociedad chilena en todos sus aspectos. Es un período caracterizado por transformaciones económicas y políticas estructurales que sentaron las bases para la implementación de un modelo económico de libre mercado en forma pionera a nivel mundial, acompañado de una acción represiva organizada desde el Estado, a través de reiteradas violaciones a los derechos humanos y cruentos episodios de violencia política que afectaron severamente el libre ejercicio de los derechos fundamentales de la población. (Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, 1996, pp. 18-23; Informe de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura, 2004, pp.167-217).

En ese marco, el Trabajo Social chileno debió atravesar una difícil etapa de desarrollo profesional. En su carácter de profesión social compartió junto con las ciencias sociales, las artes y las humanidades una adversa valoración de su aporte especializado en un contexto nacional traumatizado, debiendo enfrentar la censura permanente de sus contenidos y repertorios y la amenaza constante de su eventual cierre como carrera universitaria. Sin embargo, es también una etapa pionera en el desarrollo de repertorios profesionales vinculados a la defensa de los derechos humanos y a la contribución al retorno a la democracia, generada en medio de innumerables dificultades para la formación y el ejercicio profesional (Castañeda, P. y Salamé, A.M., 2012, p. 26).

El rescate de la memoria profesional del Trabajo Social durante los 17 años del gobierno militar valoriza los testimonios de quienes fueron sus protagonistas en las aulas universitarias y en los diversos ámbitos de desempeño profesional, y atesoraron los valiosos aprendizajes concebidos en un difícil período histórico en que la profesión debió rendir su más exigente examen de sobrevivencia a partir de oportunidades de futuro casi inexistentes. Así, entonces, el presente artículo, basado en los resultados de un proyecto de investigación homónimo, tiene como objetivo contribuir al rescate de la memoria profesional del trabajo social chileno en el contexto del gobierno militar, a partir del análisis de las memorias emblemáticas que caracterizan el período histórico comprendido entre septiembre de 1973 y marzo de 1990.

Los referentes conceptuales en que se enmarca la presente investigación se inician con Aróstegui (2004, p. 31), quien plantea que la historia vivida coetáneamente está asociada a la idea de contemporaneidad como nuevo tiempo susceptible de ser historiado en la inmediatez de los acontecimientos o referida a acontecimientos vividos directamente. Moniot (1985, pp.117-137) reconoce a la memoria como parte de dicha investigación histórica. A su juicio, el acervo de las tradiciones orales que se transmiten por medio del relato y la memoria enriquecen los medios históricos clásicos reconocidos, correspondientes a los materiales documentales y a la actividad intelectual. La tradición oral rescata la memoria, mediante estrategias de recolección de datos propias de las ciencias sociales, dotando de estabilidad al contenido histórico recopilado para ser utilizado en circunstancias determinadas. Así, entonces, se puede hablar de documentos y de obras, las que pueden ser distinguidas por géneros como relatos históricos, épicos, legendarios, míticos, etiológicos, entre otros; genealogías, precedentes o principios jurídicos, fórmulas, cuentos, poesías, códigos o rituales. La tradición se conserva por razones que no son neutras, gracias a la memoria de gente que vive en sociedad y se comporta en consecuencia. La memoria es construida a través del recuerdo y del olvido de dicha tradición. El individuo se recuerda gracias a los recuerdos de otros, en un proceso en el que dialogan memorias personales con memorias colectivas.

La historización de la experiencia complementa el concepto de la memoria, al dotarla de sentido y de referencia, contextualizándola y colocándola dentro de un orden de realidades y de conocimientos que trascienden al individuo. Permite, entonces, la elaboración de vivencias como contenido simbólico y una creación objetiva del mismo contenido a través de un discurso historiográfico (Aróstegui 2004, pp. 184-185). Cruz (2003, pp. 3-18) plantea que cada vez que se recuerda, se atrapan guijarros de lo acontecido, radicando en ello la tensión entre el olvido y el recuerdo. Para el autor, la memoria es condición de posibilidad para la existencia del pasado. **“Somos no sólo aquello que contamos de nosotros mismos, sino también aquello que recordamos, aquello que nos atrevemos a recordar”** (p. 18).

Para Stern (en Jelin 1998, pp.11-33), es posible identificar las memorias sueltas y las memorias emblemáticas. Las primeras corresponden al recuerdo de la experiencia personal y las segundas corresponderían a una memoria colectiva que otorga un marco interpretativo a las memorias sueltas y las

dota de sentidos. Las memorias emblemáticas se disputan la hegemonía en el escenario social, en la medida en que aportan criterios a través de los que se las construye con cierta resonancia cultural efectiva. Son marcos organizativos que transitan desde las memorias concretas y sus sentidos hasta los debates de la memoria emblemática y su contramemoria. Dan un sentido de interpretación y un criterio de selección a las memorias personales, vividas y medio resueltas. No constituyen una sola memoria homogénea y sustantiva, ya que los contenidos específicos y los matices no son idénticos ni de una persona a otra ni de un momento histórico a otro. Nacen del quehacer humano y del conflicto social.

En esta perspectiva, la historia de la memoria y el olvido colectivo es un proceso de deseo y de lucha para construir las memorias emblemáticas, culturalmente y políticamente influyentes y hasta hegemónicas. Es una lucha por crear puentes entre la experiencia y los recuerdos sueltos personales y la experiencia y el recuerdo emblemático colectivamente significativo. Los puentes hacia la memoria y el olvido colectivos se crearán a partir de los nudos convocantes de la memoria y el olvido, desde grupos humanos; hechos y fechas; sitios o restos físicos que permiten ver con mayor claridad los actores sociales y las situaciones que van creando puentes que ligan lo suelto y lo emblemático de la sociedad. La relación dinámica que se da entre la memoria suelta y la memoria emblemática va definiendo una memoria colectiva que tiene sentido para la gente común. Permite la construcción de puentes interactivos entre las memorias sueltas y las emblemáticas a partir de coyunturas o hechos históricos especiales. Es a partir de los casos en que una o dos generaciones sienten que han vivido ellos o sus familias una experiencia personal ligada a grandes procesos o hechos históricos de virajes o rupturas tremendas que cambian el destino. El rescate de la memoria y el olvido como proceso histórico permite ordenar, trazar, analizar e interpretar tales sucesos o hechos históricos en las dimensiones personal y social en los tiempos conflictivos y hasta traumáticos vividos por una sociedad. Tomando como marco el concepto de memoria emblemática, el autor propone cuatro memorias para el caso chileno en el marco del gobierno militar del período entre septiembre de 1973 marzo de 1990:

Memoria emblemática de la salvación de un Chile en ruinas. Su trauma fundamental se ubica en el período previo a septiembre del año 1973, en que la economía se encontraba en una situación catas-

trófica y la violencia política empujaba al país a una guerra civil inminente. Pinochet salvó al país y lo entregó bien a los civiles en 1990, encontrando soluciones a problemas económicos y políticos muy profundos y reordenando el funcionamiento del país a partir de una nueva constitución que le dio estabilidad y normas claras a la convivencia colectiva. Esta memoria puede adquirir matices de mayor complejidad, como definir que al principio los militares salvaron al país, pero después se quedaron mucho tiempo y se constituyó en una dictadura. La violencia de Estado no sucedió, o corresponde a problemas de excesos esporádicos y hasta provocados y no como política de gobierno. Si se asume que sucedió, se explica como un costo social lamentable, pero necesario para salvar al país.

Memoria emblemática como ruptura lacerante no resuelta. El gobierno militar llevó al país a un infierno de tortura física y psicológica sin precedente histórico o justificación moral que aún no llega a su fin. Se simboliza en el drama de quienes perdieron sus propias vidas o la vida de sus familiares, que enfrentan una ruptura de vida no resuelta y tremendamente profunda que ha transformado a las personas en dobles-personas. Por un lado, está la persona cotidiana, que ordena su vida haciendo el trabajo, saludando a la gente y enfrentando situaciones de la vida ordinaria. Pero también hay un interior, donde existe la persona profunda, el ser humano cuyo punto de partida es la memoria viva y lacerante de la herida insoportable, un dolor que quita el sentido de la vida normal cotidiana y sus apariencias superficiales. Este marco ofrece criterios respecto de las cosas que hay que recordar y las que hay que olvidar.

Memoria emblemática de la prueba de la consecuencia ética y democrática. El gobierno militar imponía una vida de miedo y de persecución que puso a prueba la consecuencia de la gente y la sociedad con sus valores, identidades o compromisos positivos, éticos y democráticos. La memoria se define por un proceso de lucha, compromiso, y, a veces, por el autodescubrimiento subjetivo que vivió la gente no conforme o despreciada por el régimen. En un contexto represivo, la gente con valores positivos y la gente excluida de los beneficios sociales y económicos, tenía que vivir como gente "tachada", ubicada en algún espectro de la "subversión", que iba desde los "inquietos" hasta los "sospechosos", llegando a los abiertamente "subversivos". Ese contexto de miedo y represión ponía a prueba los valores, las identidades políticas o sociales y los compromisos. Memoria emblemática del olvido o como caja cerra-

da. La violencia en el gobierno militar puede ser un tema importante, pero peligroso y hasta explosivo si se abre la caja y se ventila lo que está adentro. Son memorias peligrosas para las vidas personales, familiares y colectivas del país. Como el tema no tiene solución y trae tanta conflictividad, mejor será cerrar la caja. Esta es la memoria como olvido, pero un olvido lleno y cargado de memoria. Define lo útil del olvido y define las cosas que más vale olvidar. Define también los peligros y los conflictos insuperables que hay que recordar. Es en este caso, una amnesia llena de memoria.

Metodología

En coherencia con los planteamientos de Moniot (1985, pp.117-137), la presente investigación se realiza desde el reconocimiento de la memoria como parte integrante del acervo disciplinario de la historia profesional de Trabajo Social. Los sujetos participantes de la investigación fueron docentes, estudiantes y profesionales en ejercicio durante el período en estudio, para quienes se diseñaron y aplicaron guiones de entrevista biográfica diferenciados conforme el rol declarado por cada sujeto. Paralelamente, se realizó una revisión documental en escuelas universitarias tradicionales y archivos de fundaciones e instituciones vigentes de la época, permitiendo una contextualización histórica que proporcionó una temporalización para interpretar las memorias personales sueltas del período y dotarlas de estabilidad y trascendencia. El plan de análisis se ha organizado a partir de la propuesta de las cuatro memorias emblemáticas posibles de reconocer en Chile en el período septiembre 1973 y marzo de 1990 de Stern (en Jelin 1998, pp.11-33), las que se establecen como categorías de análisis, en donde se asignan los fragmentos representativos seleccionados, para proceder posteriormente a su interpretación.

Resultados

Memoria emblemática de la salvación de un Chile en ruinas y Trabajo Social

Los antecedentes recopilados en torno a esta primera memoria emblemática sugieren una profesión comprometida con la coyuntura histórica, que recoge la tensión social de la época a través de sus memorias de prueba para optar al título de asistente social. Así entonces, las experiencias de titulación ilustran la situación previa al golpe militar, al recoger temas y preocupaciones contingentes en lo social. "La marginalidad: Una consecuencia del

sistema capitalista y la participación social como estrategia para su superación" (1971); "La participación de los trabajadores en el área de propiedad social y mixta" (1971); "El movimiento obrero organizado en Chile y su relación con el sistema político social 1953-1971" (1972); "Mujer y Familia en Chile: Diagnóstico y Pronóstico para una revolución" (1972); "Acerca de la construcción socialista y su relación con el proceso chileno" (1973) y "La toma de fundo como una expresión de la conciencia campesina" (1973).

Para quienes fueron docentes y estudiantes de Trabajo Social en el período previo a septiembre de 1973, su testimonio refleja la incorporación de la dinámica propia de la época en su experiencia académica:

"Yo estudié entre el año 68 al año 72, en que la carrera fue muy cuestionada. Me tocó una época muy difícil desde el punto de vista político. Fue a fines del gobierno de Eduardo Frei y prácticamente todo el gobierno de Salvador Allende. La carrera fue muy cuestionada, ya que teníamos un compromiso muy grande con la gente, especialmente con los más desposeídos". (Estudiante de Trabajo Social. Períodos 1970-1973 y 1974-1976).

"A pesar de ser un curriculum tradicional, la formación fue muy innovadora por la formación práctica, porque se aprovechó toda la contingencia histórica que se estaba viviendo, en el sentido de las políticas sociales, de la participación popular, de la autoconstrucción y de la gestión de los grupos poblacionales. En eso, los alumnos se incorporaron y se metieron dentro de ese esquema. Lo otro que a mí me parece muy bien es que por la dinámica de la escuela o por los tiempos que se vivían, los alumnos se comprometían, daban su tiempo, no les importaba trabajar sábados o domingos o por la noche. No había alumnos que pusieran obstáculos en eso. Tenían sed de aprender, deseaban aprender. Eran muy comprometidos con la gente y con los grupos". (Académica universitaria. Períodos 1972-1973; 1990-1996).

Posterior al golpe militar, las escuelas universitarias de Trabajo Social debieron enfrentar un período de reorganización en donde sus equipos académicos, sus estudiantes, sus programas de estudios y sus bibliografías fueron severamente censurados, dado que se estima que la formación entregada en los años previos a septiembre de 1973 ha sido tendenciosa y con marcado sesgo político. Por tanto, se cierran los ingresos en las escuelas universitarias de Trabajo Social del país. En las sedes de La Serena, Chillán y Osorno, dependientes de la Universidad de Chile, y en la Universidad del Norte en Arica,

la carrera no vuelve a abrirse durante los 17 años posteriores. Funcionaron con fuertes restricciones las escuelas de Trabajo Social dependientes de las sedes de Antofagasta, Valparaíso, Santiago, Talca y Temuco de la Universidad de Chile y las escuelas de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Universidad Católica de Valparaíso y Universidad de Concepción. Al cierre provisorio de los ingresos en los años posteriores al golpe militar le sucedió la reformulación de los planes de estudios transitorios a cargo de equipos docentes conformados por académicos autorizados para permanecer en la universidad o integrados en fecha posterior a septiembre de 1973, que reorganizaron la formación recibida a la fecha por los estudiantes de Trabajo Social del primer trienio de la década de 1970. Cada estudiante autorizado a regresar a sus estudios, independientemente del avance curricular que llevase a la fecha, debió cursar nuevamente 2, 3, o 4 años de la carrera para acceder a la titulación, a través de lo que fueron llamados planes de estudios transitorios o de normalización. El período es rememorado por la comunidad universitaria de Trabajo Social en los siguientes fragmentos ilustrativos:

“Yo tenía que egresar el año 73, pero con el golpe militar a nosotros nos reformularon toda la carrera y esta reformulación significó cuatro años más... ¡cuatro años más!... porque nuestra carrera hubo que estudiarla de nuevo” (Estudiante de Trabajo Social. Periodos 1969-1973 y 1974-1977).

“En ese tiempo, yo te hablé del período post 73, era imposible disentir. El profesor era un dios. Entonces, ante eso chocabas con dos alternativas: Ser contestatario lo que te significaba un problema de seguridad en tu estabilidad en la Universidad y en lo personal también, traía sus costos. O, entonces, era todo vertical, te limitabas a eso, a saber y a hacer los cursos lo más rápido posible y salir no más” (Estudiante de Trabajo Social. Periodos 1971-1973 y 1974-1977).

“Yo me incorporé de lleno a la docencia en septiembre de 1974 y trabajé con dos planes de estudios transitorios, porque había la necesidad de nivelar a los estudiantes, porque había asignaturas que no podían homologar o tenían lagunas importantes desde el punto de vista profesional que ellos no habían hecho” (Académica universitaria. Periodo 1974-1986)

Las memorias de prueba para optar al título profesional recogerán estos traumáticos cambios e irán proponiendo nuevos derroteros en sus reflexiones académicas, las que, abandonando la contingencia, se reconfiguran en nuevas temáticas: “Primeras

aproximaciones de un estudio clínico, psicológico y sociocultural de la mujer alcohólica” (1974); “Proposición de un modelo pedagógico psicosocial para la reeducación del menor irregular socio conductual” (1975); “Análisis de la problemática actual del anciano: Estudio de una muestra de ancianos acogidos al artículo 245 de la Ley de ancianidad 16.464” (1976); “Recreación como agente en el proceso de socialización en los menores de 9 a 14 años” (1977); “Diagnóstico descriptivo de los centros rehabilitadores de alcohólicos y proposición de un modelo de centro rehabilitador” (1978); “Factores inherentes al educando y su relación con el bajo rendimiento escolar” (1980).

El efecto reorganizador de esta memoria emblemática se amplificó a través de los esfuerzos realizados por las escuelas dependientes de la Universidad de Chile en orden a unificar la oferta formativa a lo largo del país con respaldo del servicio de asistencia técnica curricular de la institución, dando origen al Plan de Estudios del año 1978, cuyas características buscaban la generación de complementariedad y homologación de contenidos entre todas las escuelas de Trabajo Social dependientes de dicha Universidad. Así, entonces, en el marco de esta primera memoria emblemática, el Trabajo Social se reordena internamente, para contribuir, a su vez, a reordenar el funcionamiento del país. Sus limitadas opciones para permanecer en el aula universitaria han forzado miradas teóricas, conceptuales, metodológicas y de política social no contingentes que respaldan la problematización vigente en la época respecto de la realidad social nacional.

Memoria emblemática como ruptura lacerante no resuelta y Trabajo Social

El drama que simboliza esta memoria emblemática para la profesión está representado en aquellos profesionales y estudiantes de Trabajo Social que fueron víctimas directas de la represión política en calidad de detenidos desaparecidos o de ejecutados políticos. Según los antecedentes entregados por el Colegio de Trabajadores Sociales de Chile (sin fecha, pp 4-11) la nómina de profesionales afectados corresponde a: José Agurto Arce; Rolando Angulo Matamala, Elizabeth Cabrera Balarriz, Segundo Flores Antivilo, María Cecilia Labrín Sazo, Elizabeth Rekas Urrea, Susana del Pilar Sánchez Espinoza, Julia Sonia Valencia Huerta, y Modesta Carolina Wiff Sepúlveda. En el caso de estudiantes de Trabajo Social, los nombres son los siguientes: Luis Almonacid Dúmenes, Jacqueline Binfa Contreras, María Teresa Bustillos Cereceda, Jacqueline Drouilly Yurich, María

Teresa Eltit Contreras, Alfredo Gabriel García Vega, Juan Ernesto Ibarra Toledo, José Alberto Salazar Aguilera y Gilberto Victoriano Veloso. Esta dolorosa nómina representa el drama de quienes perdieron sus propias vidas a manos de agentes represivos del Estado y que enfrentan al Trabajo Social a una ruptura no resuelta de su historia profesional. Por una parte, la profesión continúa apoyando su propia vigencia en las oportunidades de inserción que le permite el sistema económico, político y social nacional al que pertenece; mientras que por otra parte, el mismo sistema silencia la memoria viva de la herida lacerante que representa la pérdida de los suyos en el marco de una institucionalidad generada por un gobierno militar que, hasta ahora, solo ha ofrecido verdad y justicia en la medida de lo posible.

“El día del golpe yo estaba en la sala, supervisando a mis alumnos de prácticas rurales. La universidad estaba rodeada de tanques, a mis alumnos se los llevaron presos a todos, los buscaron en sus casas. A Luis Almonacid... a él lo mataron... Después nos hicieron el sumario... el clima que se vivía era de miedo y de desconfianza extrema, una no se atrevía a hablar con nadie, ni con sus colegas”. (Académica universitaria. Periodo 1971-2010).

En el caso del Trabajo Social, las experiencias de ruptura de vida no resueltas asociadas a la tortura y las detenciones arbitrarias de miembros de la orden profesional constituyen datos imprecisos que no permiten a la fecha ser visibilizadas plenamente. Asimismo, la ruptura de vida ocasionada por el exilio representó que profesionales, estudiantes y académicos abandonaran el país por razones de seguridad personal o familiar debido a la persecución política o por decreto de expulsión, fracturándose entonces el desarrollo profesional de un colectivo. El exilio en condiciones favorables, permitió a quienes emigraron resignificar su oficio, convalidar u homologar su formación, completar estudios de pre y post grado al alero de la solidaridad internacional y ejercer su profesión en titularidad. Sin embargo, debe considerarse también que el exilio en condiciones desfavorables representó el abandono transitorio o definitivo de la vocación profesional en aras de la lucha por la sobrevivencia fuera del país de origen. La ruptura no resuelta del exilio, materializada en las distancias geográficas entre países e incluso entre continentes, significó la pérdida histórica irreparable del potencial de proyectos profesionales truncados por el quiebre institucional del país.

“Tengo experiencia con discapacitados. Eso fue en el extranjero. Yo, por las razones que vivió el

país durante esa época, tuve que vivir con mi esposo en el extranjero” (Profesional de Trabajo Social, exiliada en 1979 y retornada en 1988).

En el ámbito de la intervención directa, esta ruptura de vida no resuelta se traduce en una profunda paradoja en torno a la visibilización de los problemas sociales. Si bien durante el gobierno militar se constataba la existencia de complejos problemas sociales derivados del ajuste estructural de la economía a un nuevo modelo de desarrollo y las secuelas de la acción represora del Estado, su visibilización profesional como problemas sociales se realizaba desde una forzada y estrecha mirada técnica, que no podía incorporar explícitamente los contextos sociales, políticos ni económicos en los fundamentos de su diagnóstico profesional por representar un riesgo de censura y sanción real o potencial, por lo que el lenguaje técnico se utilizaba para cobijar y blindar la problematización dentro de los límites de la profesión, evitando cuestionamientos amenazantes desde fuera de estas fronteras. Asimismo, la intervención social sufrirá una fuerte censura, debiendo abandonarse la intervención grupal y comunitaria por no ser respaldada como política pública oficial, focalizándose en forma casi exclusiva en la intervención en los contextos individual y familiar.

“Posteriormente nos cambiaron radicalmente la visión de la carrera en función de objetivos mucho más pragmáticos en términos de ir hacia una formación individual a un tratamiento individual por sobre lo colectivo y con una serie de trabas, censuras y problemas que originaron que nuestra permanencia en la Universidad fuera bastante cuestionada” (Estudiante de Trabajo Social. Periodo 1977-1981).

“El plan era de cinco años, enfatizaba los aspectos relativos a la intervención, a poder actuar en la realidad. Se valoraba mucho el hacer un trabajo de calidad, responsable, que pensara en las personas que se atendía profesionalmente” (Académica universitaria. Periodo 1974-2011).

Esta memoria emblemática se ha instalado fuertemente en el colectivo profesional y trasciende a marzo de 1990, como lo ilustra la siguiente cronología de seminarios de titulación en la línea temática del empleo:

“Una proposición alternativa de servicio social frente a la desocupación y subempleo de la fuerza de trabajo en 9 unidades vecinales” (1980); “Jóvenes desocupados y subempleados de sectores populares. Una experiencia de servicio social” (1985); “La formación integral del recurso humano desde la perspectiva del servicio social” (1989); “Programa de capacitación y experiencia laboral de jóvenes” (1993);

“Servicio social, capacitación de jóvenes e intermediación laboral” (1997); “Diagnóstico social del trabajador de la construcción y su grupo familiar”

(1999); “Un aporte de trabajo social en el área de recursos humanos” (2009). La memoria emblemática como ruptura lacerante no resuelta sigue plenamente vigente. En el marco de las cosas que hay que recordar, los problemas sociales ocupan su lugar. La precariedad del empleo define técnicamente el problema social. Pero las profundas causas sociales que lo motivan, en tanto la precariedad del empleo como resultado de un sistema económico liberal acompañado de un debilitamiento progresivo del rol garante del Estado, tienden a ocupar el lugar de las cosas que hay que olvidar.

Memoria emblemática de la prueba de la consecuencia ética y democrática y Trabajo Social

Esta memoria emblemática asociada a la lucha profesional por la consecuencia ética y democrática, alcanza su mayor expresión en los importantes aportes que Trabajo Social brindó en la defensa de los derechos humanos y en los esfuerzos desplegados desde organizaciones alternativas y no gubernamentales para contribuir al rescate de la organización social en vistas al retorno de la democracia. Financiados por fundaciones u organismos de cooperación internacional; la iglesia católica y otros credos; y por grupos políticos o de exiliados, las acciones profesionales desarrolladas en esta línea, comenzaron a enfrentarse con problemas sociales no previstos en condiciones de normalidad institucional y democrática en el país. Secuestro, desaparición forzada, tortura, persecución, detenciones ilegales, exoneraciones y amedrentamiento, comienzan a ser los nuevos problemas sociales que se levantan en un país en dictadura y que se agravan en un marco de alto desempleo y crisis económica. La profesión aprende a sobrevivir junto con quienes sobreviven a este escenario de adversidad extrema, en una lógica de aprendizaje permanente.

“Si estudiabas Trabajo Social era imposible no ser de oposición, porque teníamos claro que había una parte de la realidad del país que no veíamos en la universidad. Las actividades más importantes en las que participábamos eran organizadas por el centro de alumnos de la escuela. Participábamos de peñas, asambleas, velaciones, paros o protestas. Siempre andaban circulando panfletos, documentos prohibidos, que se fotocopiaban una y otra vez, porque no eran temas que se vieran en clases y siempre circulaban en forma clandestina. También habían cassettes piratas con música alternativa,

del canto nuevo, que tampoco sonaban en las radios” (Estudiante Trabajo Social. Periodo 1982-1987).

Las acciones iniciales de contención y asistencia en la contingencia, dan paso a la configuración de respuestas profesionales que otorgan mayor estabilidad y proyección, permitiendo a Trabajo Social asumir las crecientes demandas derivadas de personas, familias, grupos de trabajo, organizaciones y líderes comunitarios, sindicales y políticos que enfrentan los efectos cotidianos de vivir en el marco de un Estado represivo. Los inicios de la atención en salud mental en Chile, especialmente en el trabajo con familiares de personas afectadas por la represión política en todas sus formas; las iniciativas de organización de jardines infantiles comunitarios, comedores solidarios, comités de vivienda y centros de salud alternativos; el apoyo a la producción campesina de subsistencia, la incorporación de tecnologías alternativas y el rescate de la cultura en los principales grupos étnicos del país; la educación social, la educación popular y la animación socio-cultural; la formación de monitores, promotores o agentes de desarrollo local, poblacional o pastoral; los esfuerzos laborales cooperativos y de talleres productivos; y el apoyo a la organización comunitaria campesina y poblacional —entre una importante gama de iniciativas de las que formó parte la profesión— ilustran la variedad de objetivos, estrategias y contenidos con que el Trabajo Social contribuyó junto a otras profesiones a enfrentar la realidad social del país durante este período, potenciando el difícil proceso de retorno a la democracia, en donde el plebiscito del 5 de octubre de 1988 constituye el punto cúlmine del esfuerzo colectivo realizado (García Huidobro y otros, 1989, p. 203-215).

“Yo trabajé en un proyecto de salud comunitaria financiado por la cooperación internacional, al alero de una parroquia. Hacíamos trabajo educativo principalmente con mujeres. Los mayores problemas estaban asociados a la ausencia de recursos en los consultorios de salud, donde no había medicamentos ni atención de salud oportuna. Las filas para alcanzar un número de atención médica se comenzaban a hacer a las 2 ó 3 de la madrugada y aún así, muchas veces no alcanzaban atención. Por lo tanto, trabajábamos revalorizando la sabiduría de las pobladoras frente a los problemas de salud más frecuentes para enfrentarlos con sus propios recursos, con hierbas medicinales, cataplasmas, cuidado en el manejo de alimentos, semillas, primeros auxilios, autocuidado. Esas iniciativas no solo servían para hablar de salud, sino que también hablábamos de sus problemas, de sus angustias y de las preocupaciones que ellas

veían cotidianamente en su población, con sus familias, con sus hijos, en un Chile que no les ofrecía ninguna oportunidad para el futuro” (Profesional de organización no gubernamental urbana. Período 1984-1987).

“El trabajo era en comunidades campesinas y comunidades mapuches con economía familiar de subsistencia. La pobreza y la falta de recursos eran impactantes. La Fundación aportaba semillas, herramientas de trabajo y apoyo técnico para paliar las condiciones de pobreza de los campesinos. Pero igual costaba mucho trabajar en las reuniones, participar en los procesos educativos, revitalizar las organizaciones, la gente no quería, tenía miedo, rechazo a todo lo que fuera trabajo comunitario, porque la represión en esas zonas rurales había sido muy violenta”. (Profesional de organización no gubernamental rural. Período 1986-1988).

Tomando como referente la Fundación Documentación y Archivo de la Vicaría de la Solidaridad, se reconoce bajo el formato de documentos de trabajo la siguiente cronología, que recoge importantes evidencias del período: “Seminario de ACNUR sobre Trabajo Social con refugiados, presentación de la Vicaría de la Solidaridad” (1979); “Método del amedrentamiento mediante secuestro” (1986); “Detenciones y relegaciones masivas: Atención grupal y tarea educativa del Trabajo Social en la Vicaría de la Solidaridad” (1987); “Los ejecutados de Calama. Una experiencia de Trabajo Social con sus familiares a 14 años de sus ejecuciones” (1987); “El retorno” (1987); “Vicaría de la Solidaridad: Historia de su Trabajo Social. Trabajo Social una experiencia solidaria en la promoción y defensa de los derechos humanos”, (1987); “La entrevista social y Derechos Humanos” (1987).

En esta misma línea, se reconoce el aporte del Colectivo de Trabajo Social, iniciativa generada en 1981 por un grupo de profesionales de instituciones no gubernamentales que se desempeñaron en el ámbito de los derechos humanos. Su publicación denominada Cuadernos de Trabajo Social comunicó las prácticas de intervención inéditas en la temática vinculadas a prisión política, tortura, relegación, retorno, exilio, organización social, calidad de vida y subsistencia (Colectivo de Trabajo Social, 1990a, p.2-204). El rescate de la riqueza de dichas experiencias a través de procesos de sistematización y reflexión, permitió la generación de conocimientos profesionales que contribuyeron a enfrentar los desafíos de la democratización en las décadas venideras. Sus reflexiones respecto a los procesos de acción social representan un importante aporte a la memoria profesional dado su fuerte compromiso

con la intencionalidad transformadora del Trabajo Social, entendida como “una apuesta sobre la sociedad que se quiere construir” (Colectivo de Trabajo Social, 1990b, p.12)

Se reconoce que es particularmente dentro del marco de esta memoria emblemática donde se cautela que la tradición profesional asociada a la intervención grupal y comunitaria se mantenga vigente, y continúe enriqueciéndose como estrategia de trabajo, a pesar de su abandono como política oficial en el país. Aquí también se producen los primeros avances respecto de los aportes que representan para el repertorio profesional los enfoques teóricos, conceptuales y metodológicos provenientes de raigambres comprensivas, reflexivas e inductivas. Así entonces, la investigación cualitativa y la sistematización serán acogidas dentro de los equipos profesionales de las organizaciones no gubernamentales como valiosos referentes que permiten la generación de nuevos conocimientos en renovados códigos de levantamiento y análisis de información social, para así atesorar los aprendizajes generados en el doloroso trance del gobierno militar y sumar sus contribuciones al diseño de las nuevas políticas sociales que traería el esperado retorno a la democracia. En este marco el Trabajo Social construye su testimonio frente al momento histórico que debió enfrentar, situando predominantemente su memoria emblemática de consecuencia ética y democrática fuera de la academia, con una importante preeminencia del desempeño profesional en el marco de las organizaciones no gubernamentales.

“Yo recuerdo haberme formado en escuelas paralelas, en esa época yo iba a la universidad todos los días, pero paralelo comenzó el retorno de colegas exiliadas y empezaron a emerger las colegas de las ONGs que invitaban a talleres, reuniones y a participar con ellas en actividades alternativas en las poblaciones.” (Estudiante Trabajo Social. Período 1985-1989).

Resulta importante para esta memoria emblemática no olvidar los esfuerzos desplegados por el Trabajo Social dentro del propio sistema gubernamental. En el contexto oficial, se enfrentó una importante pérdida de plazas laborales y funciones profesionales en un medio adverso que desconfiaba de los aportes especializados que representaba la atención social para la población. Se suman a lo anterior las fuertes restricciones presupuestarias de los servicios públicos como consecuencia del ajuste de la economía a las crisis generadas por el nuevo modelo de desarrollo y en donde se vieron especialmente afectados los financiamientos de los sectores de

salud, de vivienda y de educación, ocasionando importante descontento y presión social frente a los deterioros que ocasionaban en la calidad de vida. A pesar de todo ello, el colectivo muchas veces perseveró en acciones profesionales que permitieran ajustar las restricciones y negativas impuestas desde las normativas generales a la flexibilidad del caso particular, protegiendo el acceso de la población a sus derechos básicos y beneficios sociales, aún en la zona de frontera de la norma y en el cobijo de una restringida autonomía profesional propia de la época.

“Enfrentarse con la realidad, que para nosotros era una realidad de pobreza dura, sobre todo para los que hicimos prácticas en el municipio” (Estudiante Trabajo Social. Período 1985-1989).

“Trabajar en esos años en un municipio producía miedo: miedo a que descubrieran que uno pensaba distinto, miedo a que te despidieran, miedo a que te denunciaran, miedo a que supieran que tenías amigos que eran de izquierda. Luego del terremoto de 1985, vimos algunas calles ocupadas por militares, se rumoreaba que venía un nuevo golpe. Teníamos alrededor de 600 viviendas destruidas y solo disponíamos de cinco mediaguas. Trabajábamos sin recursos y el alcalde no se atrevía a pedir recursos a las autoridades provinciales” (Profesional Municipio. Período 1983 - 1986).

Memoria emblemática del olvido o como caja cerrada y Trabajo Social

La memoria emblemática del olvido o de la caja cerrada se concibe asociada a las exigencias que le impuso a la profesión la sobrevivencia en el espacio académico en el período 1973-1990. En ese marco, el Trabajo Social profundiza un viraje metodológico de fuerte raigambre positivista que ya venía configurándose desde los años anteriores al golpe militar. La objetividad y la neutralidad valórica asociadas a las metodologías de investigación social y de planificación social contribuyeron a blindar la formación social en su discurso profesional, considerando el marco histórico en el que debía insertarse.

“También tenía que ver con el momento histórico en que nos encontrábamos... era una época difícil. Había ese idealismo casi romántico del estudiante que era pensante, reflexivo, y que contraponía un poco a la imagen del académico que uno tenía en ese momento. Las cosas estaban ahí, todos sabían las cosas que estaban ocurriendo, pero nadie hacía nada en contra, nadie decía ‘sabes, que por este lado hay otras formas que podemos ver, el modelo tecnológico

no es el único modelo o el ciclo de investigación no va así, hay otras formas’. Habían muchas conversaciones de pasillo, informales con algunos profesores, pero dentro del aula era todo previamente digerido” (Estudiante Trabajo Social. Período 1985-1989).

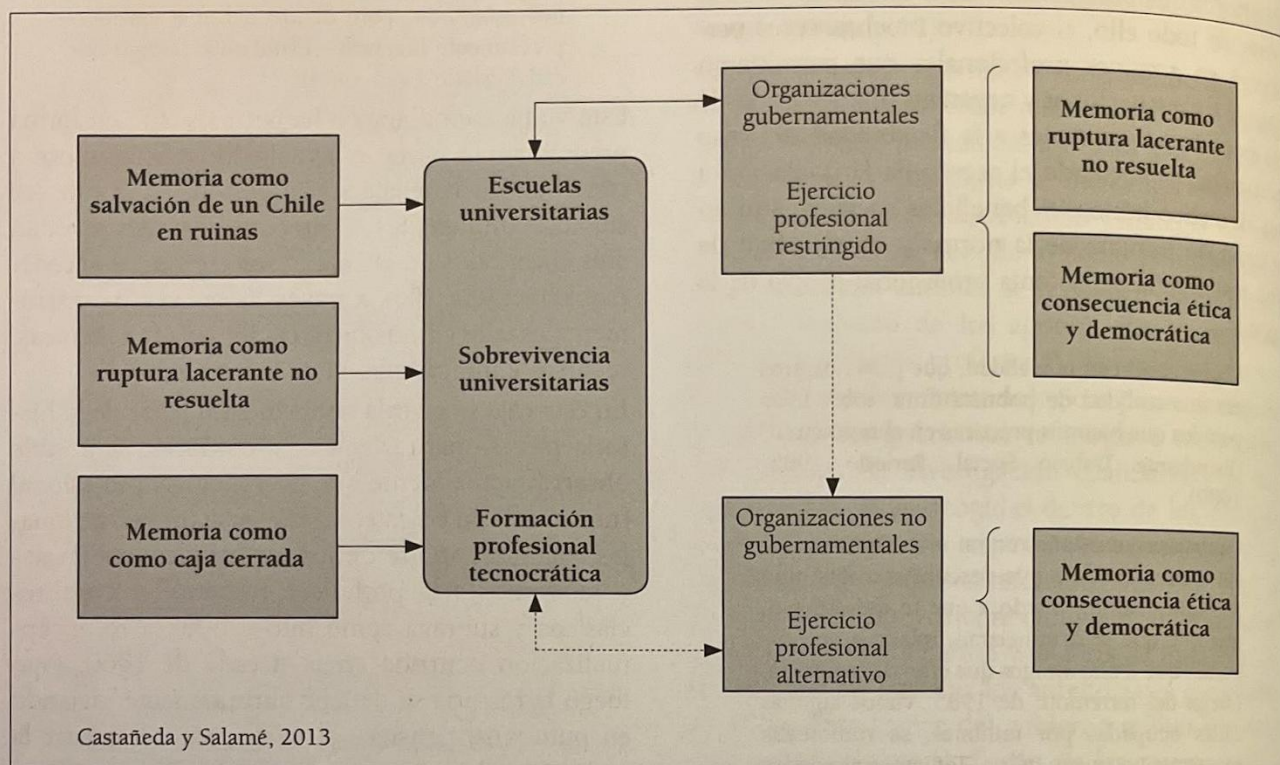
Este viraje metodológico ha permanecido en forma predominante hasta la actualidad, expresándose a través de un lenguaje social velado, en donde los sujetos contingentes y procesos sociales quedan aún encerrados en la caja, y solo se puede acceder parcialmente a ellos a través de conceptos instrumentales tales como objetivos, actividades, técnicas, recursos e indicadores.

En esta caja se guarda también gran parte de la historia profesional reciente. Así entonces, es posible observar actualmente que la cronología profesional transmitida en las cátedras universitarias tradicionales, valora el aporte de los precursores medievales y modernos a la profesión, reconoce sus autores clásicos y subraya como hito central la reconceptualización ocurrida en la década de 1960. Pero luego la historia se detiene abruptamente, dejando en puntos suspensivos el relato, para desplazar la atención a las preocupaciones del Trabajo Social contemporáneo o a la búsqueda de nuevos derroteros temáticos complementarios. Dado que los 50 últimos años de la profesión están insertos en una reciente historia nacional de marcada conflictividad, los puntos suspensivos del relato representan la opción por el silencio o el olvido, tal vez incluso por la autocensura, que impulsa a guardar en una caja cerrada los recuerdos, hitos y aprendizajes de Trabajo Social durante el período 1973-1990 y sus consecuencias posteriores. Si llegase a abrirse la caja en un malhadado momento, se evoca el riesgo de Pandora y todos los peligros y los conflictos latentes retenidos se escaparían, afectando la amnesia voluntaria por la que se ha optado como solución, frente a la falta de un relato legitimado y compartido respecto de la memoria profesional en tiempos de represión política.

Discusión

La revisión de las memorias emblemáticas del Trabajo Social permite visibilizar los matices y perfiles de la memoria profesional durante el período 1973-1990. En ellas emerge con claridad la presencia de rasgos o características de cada una de las modalidades de memoria emblemática, donde es posible identificar una síntesis de memoria histórica profesional a través de una triada no intencionada por la profesión, que responde a las variadas formas en

ESQUEMA N°1
MEMORIA TRABAJO SOCIAL
Tríada histórica 1973-1990



que las dificultades enfrentadas en torno a la sobrevivencia del Trabajo Social pudieron ser sorteadas desde los espacios de la academia y desde el ejercicio profesional. Así entonces, la síntesis establece que en la academia, la neutralidad valórica y la adscripción explícita a enfoques positivistas y tecnocráticos blindaron la amenazada sobrevivencia universitaria; mientras que en el ejercicio profesional se presentaron, por una parte, la adversa condición de ejercicio restringido en las organizaciones gubernamentales; y, por otra parte, el despliegue de un repertorio profesional diverso, transdisciplinario e inédito, en el marco de organizaciones no gubernamentales que hacían frente a problemáticas y necesidades sociales de un país en permanente estado de excepción.

Las vinculaciones dentro de la tríada en el período 1973-1990 no fueron plenas. Se reconoce que la formación profesional se centró en la relación entre academia y organizaciones gubernamentales como instancias posibles de mantener en el marco de la formación práctica y en donde los contenidos entregados en el aula universitaria podían encontrar un correlato reconocible en la realidad. La relación entre academia y organizaciones no gubernamentales fue casi nula, dado que respondían a códigos de trabajo antagónicos que no siempre podían resolverse en forma armónica y en donde la situación de permanente amenaza de cierre que pesaba sobre

las escuelas universitarias les hacía observar con cautela sus vinculaciones con el medio profesional. No obstante, es posible establecer situaciones de excepción, en que temas de interés profesional y académico pudieron converger para el desarrollo de experiencias de formación práctica o de titulación, situaciones que se fueron visibilizando con mayor frecuencia a finales de la década de 1980, en las postrimerías del régimen militar. Si bien la relación del colectivo profesional entre organizaciones gubernamentales y no gubernamentales no siempre resultó expedita por las condiciones opuestas en las que se encontraban, fue capaz de encontrar un camino de convergencia que se organizaba en torno a la atención social y la coordinación de beneficios y recursos para la población.

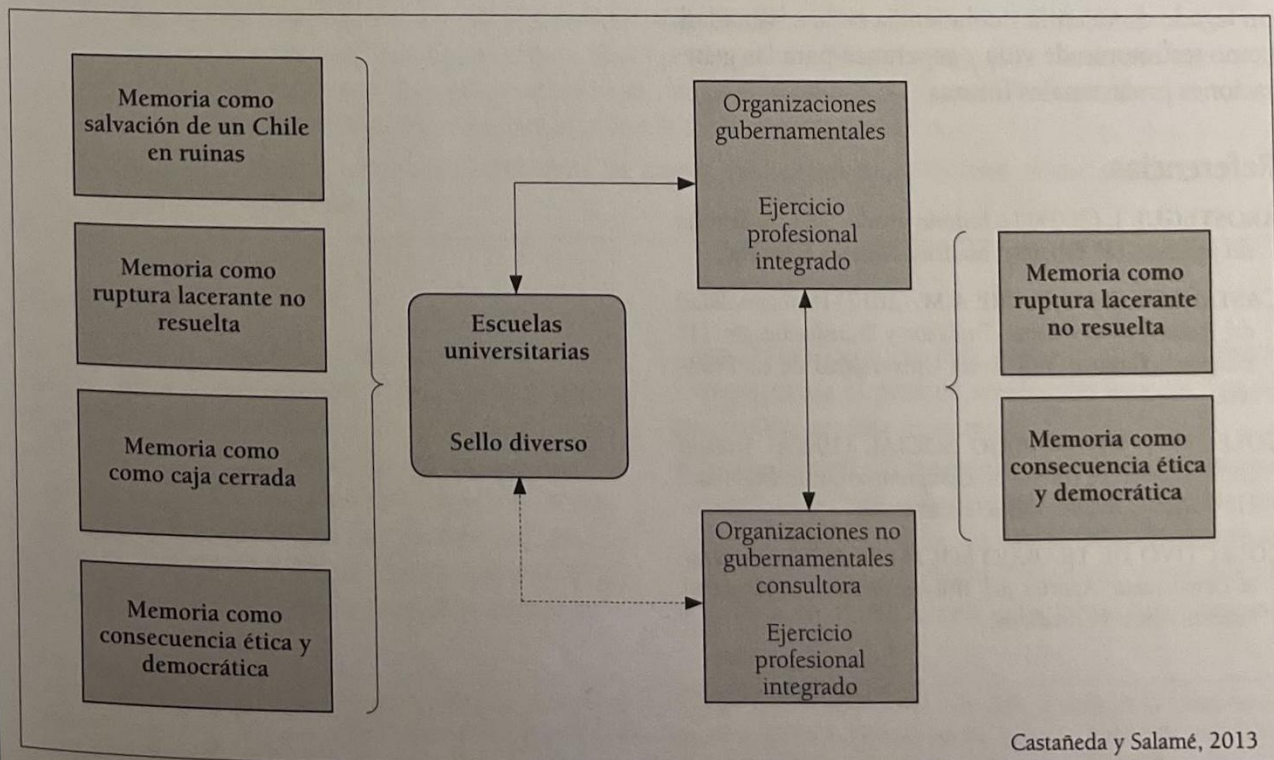
Esta tríada de relaciones se recompone progresivamente a partir del retorno a la democracia en marzo de 1990 a través de dos tendencias. Por una parte, las relaciones entre organizaciones gubernamentales y no gubernamentales se reconocen y se integran en forma dinámica, fortaleciendo, enriqueciendo y renovando el repertorio profesional en diversos ámbitos de desempeño. Así entonces, mientras las organizaciones gubernamentales adoptan conceptos, metodologías y estrategias de trabajo generadas por las organizaciones no gubernamentales, estas últimas se reconvierten en organismos consultores y

ejecutores de políticas sociales de diversos organismos del Estado. También facilita dicho proceso de integración la progresiva incorporación de equipos profesionales provenientes de organizaciones no gubernamentales en distintas reparticiones públicas del país. Por otra parte, la academia comienza a amplificar sus vinculaciones con el medio profesional, acogiendo los cuestionamientos y aprendizajes de la etapa vivida y redefiniendo sus contenidos a partir de incipientes procesos de innovación curricular. No obstante, debe señalarse que la velocidad de ajuste y respuesta universitaria a estas exigencias se desfasa de la velocidad de integración que adquiere en el ejercicio profesional, por estar regulada temporalmente por los ritmos propios de los procesos de recambio de los cuadros académicos, los que fueron aportando progresivamente sus experiencias profesionales, conforme el vértice que habían ocupado en la triada histórica del período 1973-1990. El núcleo histórico del Trabajo Social que ha sobrevivido en la universidad y que se reconoce en su condición de escuelas tradicionales custodias de un saber intergeneracional, opta por un mayor respaldo a la formación tecnocrática como garantía de empleabilidad favorable para la profesión en un marco de políticas sociales subsidiarias, desplazando temporalmente la inclusión inmediata de los nuevos saberes sociales, que habían sido impulsa-

dos preferentemente en su desarrollo desde fuera de la academia. En el caso de las nuevas escuelas universitarias de Trabajo Social que comienzan a generarse a fines de la década de 1980 y que tienen una explosiva expansión en las décadas venideras, los sellos profesionales identitarios específicos de cada programa de pregrado expresan una impronta particular, capaz de reflejar el perfil predominante de alguna de las memorias emblemáticas de la profesión a la que principalmente se adscribe o en la que se reconoce el equipo académico a cargo. Como contraparte, el ejercicio profesional contemporáneo dinamizado por los aportes de la memoria histórica en las organizaciones gubernamentales y no gubernamentales comenzará a operar como poderoso y exigente complemento frente a cada sello formativo que defina y proyecte la academia.

A 40 años del quiebre institucional, no corresponde juzgar fuera de contexto aquellos procesos ni aquellas decisiones asumidas por el Trabajo Social en contingencia, sino que más bien, ponderar que los hechos se fueron sucediendo producto de los repertorios y de las estrategias de las que disponía el colectivo profesional en un momento dado, y que debió desplegar ante su propia adversidad, sin un reconocimiento inmediato de las implicancias y trascendencias que dichos referentes representarían para las generaciones sucesivas. Asimismo, la im-

ESQUEMA N°2
MEMORIA TRABAJO SOCIAL
Triada histórica Post 1990



Castañeda y Salamé, 2013

plementación del modelo económico neoliberal o de mercado durante el período 1973-1990, permitió consolidar un Estado subsidiario y regulador que abandonó progresivamente sus funciones históricas de protección social, validó el cobijo tecnocrático de contingencia en el que se había albergado el Trabajo Social e impulsó la profesionalización de su tarea principalmente desde los modelos de raigambre positivista, perfil predominante en la formación durante las décadas de 1970 y 1980 y que ha perdurado como núcleo duro e identitario de la profesión hasta la actualidad. Específicamente, el rol subsidiario del Estado permitió la resignificación de la clásica función asistencialista de la profesión, apoyando la sobrevivencia de los cargos públicos tradicionales de Trabajo Social en las organizaciones gubernamentales en el período entre septiembre 1973 y marzo 1990 y generando una revalorización del aporte profesional especializado en el área social en las décadas posteriores, en la medida en que se han ido incluyendo factores sociales correctivos en el modelo de desarrollo del país.

Finalmente, puede señalarse que rescatar la memoria posibilita comprender la trama cotidiana, silenciosa y no exenta de conflictos, amenazas y tensiones que caracterizó a la profesión durante los 17 años de gobierno militar dictatorial. **La memoria del Trabajo Social se resignifica en una profesión que se atreve a recordar y se permite recordar, venciendo los riesgos del miedo, el silencio y el olvido.** Desde los tiempos oscuros que caracterizaron la historia reciente de Chile, el Trabajo Social aporta un legado de valentía y coherencia en la adversidad, como testimonio de vida y esperanza para las generaciones profesionales futuras.

Referencias

- AROSTEGUI, J. (2004) *La historia vivida. Sobre la historia del presente*. (1ª Edición) Madrid: Alianza Editorial.
- CASTAÑEDA, P. Y SALAMÉ A.M. (2012) *Profesionalidad del Trabajo Social chileno. Tradición y Transformación*. (1ª Edición). Temuco: Ediciones Universidad de La Frontera.
- COLECTIVO DE TRABAJO SOCIAL (1990a) *Trabajo Social y Derechos Humanos. Compromiso con la Dignidad*. (1ª Edición) Buenos Aires: Humanitas.
- COLECTIVO DE TRABAJO SOCIAL (1990b) *Concretar la Democracia. Aportes del Trabajo Social*. (1ª Edición) Buenos Aires: Humanitas.
- COLEGIO DE TRABAJADORES SOCIALES DE CHILE A.G. (sin fecha) "En memoria de la historia del Trabajo Social". Biblioteca Virtual de Trabajo Social. (s.n.) Recuperado el 25 de Agosto del 2012 de <http://www.ts.ucr.ac.cr/binarios/pela/pl-000301.pdf>
- COMISIÓN NACIONAL SOBRE PRISIÓN POLÍTICA Y TORTURA (2004) *Informe de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura*. (s.n.) Santiago de Chile.
- CRUZ, M. (2003) *Tiempo de narratividad. El sujeto, entre la memoria y el proyecto*. Taller de Epistemología Social. Documento de Trabajo N° 2 Facultad de Humanidades. Universidad de Valparaíso. (s.n.) Valparaíso.
- CORPORACIÓN NACIONAL DE REPARACIÓN Y RECONCILIACIÓN (1996). *Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación*. (4ª Edición) Santiago de Chile: Andros Impresores.
- GARCÍA HUIDOBRO, E; MARTINIC, S.; Y ORTIZ, I. (1989) *Educación Popular en Chile. Trayectoria, experiencias y perspectivas*. (1ª Edición). Santiago de Chile: CIDE.
- MONIOT, HENRI (1985) La historia de los pueblos sin historia. En: *Hacer la Historia*. Le Goff, J. y Nora, P. (comp.). (2ª Edición). Barcelona: Editorial Laia S.A. pp.117:134.
- STEVE J. STERN (1998) De la memoria suelta a la emblemática. Hacia el recordar y el olvidar como proceso histórico (Chile 1973-1998) Artículo en: *Las conmemoraciones: Las disputas en las fechas "in-felices"* Elizabeth Jelin (comp.) España: SXXI España Editores. Págs 11-33. Recuperado el 26 de Agosto del 2012 de <http://www.lapetus.uchile.cl/lapetus/archivos/1302552396stern.pdf>